



Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? Un acercamiento al significado del mesianismo de Jesús en Marcos 8:27-30 y sus implicaciones teológicas para la iglesia evangélica actual

Keymar David Paniza Martínez ¹

Resumen

El mesianismo de Jesús es controversial en el Nuevo Testamento y lo es por el hecho de que su carácter no se adapta a las comprensiones teológico-históricas del concepto popular mesiánico elaborado por el pueblo judío a la luz del Antiguo Testamento. Jesús dista de la comprensión que se tiene del Mesías, pues no se enfoca en la liberación de la opresión de Israel de sus enemigos, sino en la entrega de la vida en servicio por los demás. En Marcos 8, 27-30, Jesús renuncia a las pretensiones de Mesías que sus discípulos suponen al declarar a Jesús como tal y lo hace haciendo otra propuesta mucho más retante y radical: todo aquel que quiera seguir sus pasos debe asumirla sin reparos.



Palabras clave:

Mesianismo, Iglesia, Camino, Servicio, Entrega.

¹ Pastor; Contaduría Pública, Fundación Universitaria San Martín; Teología, Fundación Universitaria Seminario Bíblico de Colombia; Especialización en Estudios bíblicos, Fundación Universitaria Claretiana. kpanizam@gmail.com

Introducción

¡Jesús es el Mesías! Es una de las declaraciones cristológicas más importantes del Nuevo Testamento (cf. Mc 8:29; Jn 20:31). Aparte de tener una carga teológica supremamente trascendental, contiene un sentimiento nacionalista significativo, pues en esa declaración se cumplen las profecías veterotestamentarias que afirmaban la intervención de Dios en favor de su pueblo para librarlos de la opresión de sus enemigos y hacerlo central en la salvación de las naciones. Bajo este contexto se esgrime la declaración mesiánica de Jesús. Sin embargo, su experiencia ha de responder algunos interrogantes: ¿es el de Jesús, un prototipo del mesianismo nacionalista judío?, ¿de qué manera se distancia su mesianismo de las comprensiones teológico-históricas del mesianismo judío del primer siglo?

Las respuestas a estas preguntas plantean algunos escenarios importantes para la comprensión mesiánica de Jesús. Si Él es un mesías prototipo del pensamiento judío, entonces se vuelva fácil entender cuáles son sus prioridades, entre las cuales está hacer de Israel el centro de su acción. Pero si Jesús dista de la comprensión mesiánica típica del momento, entonces se tienen que definir cuáles son las prioridades de su misión, hacia quién está dirigido su trabajo y cuál es el mensaje-enseñanza que quiere compartir con sus discípulos como legado de su mesianismo.

En la lectura, interpretación y comprensión de los Evangelios se pueden hallar vestigios clave para entender la obra mesiánica de Jesús, en especial el Evangelio de Marcos, siendo este el evangelista que más presenta al Jesús humano, preocupado por las necesidades de los más vulnerables y menospreciados por la religión y la política, a quienes hace objeto de intervenciones salvadoras. Por eso, vale la pena un acercamiento al significado del mesianismo de Jesús en Marcos 8:27-30 y sus implicaciones teológicas para la iglesia evangélica actual. En este texto, Pedro, el discípulo representativo de los doce en los evangelios -al igual que Martha quien lo llama Jesús-Mesías cuando resucita a su hermano Lázaro- hizo una declaración sobre Jesús que pocos en el Nuevo Testamento han hecho: “Tú eres el Cristo” (Mc 8:29); esta declaración se da en respuesta a la pregunta que Jesús les plantea, no solo a ellos sino al pueblo, sobre quién es Él (8:27-29^a). Esta confesión es sin duda trascendental y revolucionaria en el Evangelio, porque ante ella se confrontan dos opciones: la de los discípulos, marcada por las expectativas judías de la época o la de Jesús, marcada por una iniciativa diferente, a la luz del contexto, incompatibles.

La primera parte de este escrito intenta responder, a través de la exégesis del texto, cuáles son las comprensiones teológicas del mesianismo de Jesús, partiendo, en primer lugar, de su identificación como Mesías, reconocido

no solo por Pedro, sino por todos sus discípulos. Estas comprensiones van ligadas al despojo de la tipificación con la que Jesús ha sido reseñado, pues ante la declaración petrina, Jesús pide guardar el secreto, no decir nada a nadie (8:30), llevando tal petición, en sí misma, la opción de renuncia, de despojo, de dimisión de tal forma de mesianismo. Si Jesús, con su petición, trata de no ser Mesías en los términos de la confesión, entonces ¿cuál es su propuesta? Sin dudas, Jesús da luces acerca de cuál es su opción mesiánica: la vida que se entrega en servicio por amor a los demás. Esta entrega tiene varias implicaciones, una de ellas: el sufrimiento que puede acontecer por causa de la entrega, hecho que el mesianismo judío halla incomprendible.

En la segunda parte de este escrito, después de comprender la opción mesiánica de Jesús a la luz de la exégesis del texto de Marcos, se intenta comparar la propuesta de Jesús con las comprensiones de mesianismo que la iglesia evangélica colombiana tiene en la actualidad. Varias preguntas ambientan esta reflexión: ¿cuáles son las comprensiones teológicas actuales que la iglesia ha hecho del mesianismo de Jesús?, ¿son compatibles o no con lo que Jesús quiso proponer como Mesías?, ¿tiene la iglesia evangélica colombiana una comprensión correcta del Jesús-Mesías?, ¿se ha despojado, esta, de un mesianismo de la entrega y del servicio para adoptar un mesianismo del poder y del dominio? Tal propuesta sugiere que la iglesia sí ha adoptado otro tipo de mesianismo, uno que promulga la espectacularidad, por encima del amor y la humildad; un mesianismo que contempla el dinero y la religión como signos de dominación; un mesianismo que prefiere el poder político para la transformación, sobre el poder del amor; es decir, que la iglesia ha creado su propio mesianismo, pero sin Mesías, por lo menos, no en los términos que Jesús quiso serlo.

En el tercer y último apartado, tras comparar las discrepancias entre el mesianismo de Jesús y el de la iglesia evangélica en la actualidad, se invita a la iglesia a volver su mirada al Jesús-Mesías de los Evangelios. De nada vale entender cuál es la propuesta de Jesús, si no se asume en la praxis cristiana. Por mucho tiempo, la iglesia ha desligado su fe de la praxis, es decir, no es congruente entre lo que cree y lo que hace; hay una distancia que, a la luz de la vida y obra de Jesús, se debe acortar. Por eso, la iglesia debe revisar su camino recorrido, identificando dónde se desvió y tratar de asumir el cambio de perspectiva que ello implica. Si estas dos cosas no se hacen, difícilmente se llegará a vivir el sentido central del mesianismo de Jesús: la vida que se entrega en servicio de amor por los demás; y mucho menos, se tendrá en mente tomar la cruz como el criterio definitivo de la experiencia mesiánica, la cual todo discípulo de Jesús debe estar dispuesto a asumir.

En los Evangelios, con la experiencia de Jesús-Mesías, se halla una paradoja supremamente controversial. Él

es el Mesías, pero no lo es como todos piensan que debe serlo. Es decir, que con su vida hay una re-definición del mesianismo popular judío y a la vez una re-definición de quién es Dios. Ambas propuestas son radicales y sin términos medios. El discípulo de Jesús, que quiera continuar la misión del reino de Dios, debe renunciar a cualquier pretensión de grandeza y asumir el camino del servicio y de la entrega.

Perícopa Marcos 8:27-30

²⁷Jesús emprendió el viaje con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Felipe. Por el camino preguntó a los discípulos: ¿Quién dice la gente que soy yo? ²⁸Le respondieron: Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que uno de los profetas. ²⁹Él les preguntó a ellos: Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? Respondió Pedro: Tú eres el Mesías. ³⁰Entonces les ordenó que a nadie hablaran de esto (Schökel, 2015, p. 1923).

Análisis exegético del mesianismo de Jesús en Mc 8, 27-30

Cuando Jesús desarrolla su ministerio en la Palestina del siglo I, el concepto de Mesías era ya muy popular, a algunas personas les habían acreditado el título de Mesías por sus hazañas, sobre todo de carácter político-militar, a favor de la libertad de Israel; por ejemplo, en el libro de los Hechos, Lucas habla de Teudas y Judas el galileo, quienes se levantaron diciendo que eran alguien, pero que en su lucha fueron vencidos y sus seguidores reducidos al olvido (cf. Hch 5:36-37). Probablemente, aquí se tiene a dos personas que hubiesen cumplido perfectamente las comprensiones mesiánicas que los judíos del primer siglo tenían acerca del Mesías, a quien consideraban un líder político-religioso-militar que los liberaría de todas las opresiones que en el momento se encontraban sufriendo.

El mesianismo judío es una parte importante de la teología de Israel, sus raíces veterotestamentarias, a lo largo de las diferentes épocas de la historia judía van matizando varios de sus elementos y conceptualizaciones. Algunos sugieren que el mesianismo parte desde los mismos orígenes de Israel, y se interpreta, la promesa del protoevangelio (Gn 3:15), como parte inicial del concepto de Mesías. Con Moisés y las promesas de un nuevo profeta (Dt 18:18), se aumentan las formalizaciones del Mesías en términos personales, pero es con el profeta Isaías que se conocen mucho más claramente aquellas características del Mesías y los resultados que su acción traerá al bienestar de Israel. France (2003) plantea que por lo menos son cinco los lineamientos característicos del mesianismo veterotestamentario, con base en el libro del profeta Isaías y el llamado de Ciro como mesihâ. El primer rasgo tiene que ver con que Ciro es elegido o llamado por Dios (Is

41:25); el segundo, que es designado para el cumplimiento de un propósito redentor a favor del pueblo de Dios (45:11-13); el tercero, que se le da poder para enjuiciar a los enemigos del pueblo de Dios (Is 47); el cuarto, que se le da dominio sobre las naciones (45:1-3) y el quinto, que en sus acciones, el agente es el Señor mismo (45:1-7).

Se podría afirmar claramente que ya para la época del Nuevo Testamento (NT) se tienen comprensiones interpretativas acerca de lo que es el Mesías de Israel, fundamentadas en una teología del Antiguo Testamento (AT).

Jesús vive en un contexto de amplia expectativa mesiánica. Israel vive bajo la opresión del imperio romano que lo tiene cautivo en su propia tierra. Sin embargo, la vida y el mensaje de Jesús no parecen encajar con las expectativas mesiánicas del momento. Jesús no es un líder político-religioso-militar que busca la proclamación de la libertad de Israel de todos sus enemigos (Roma/gentiles) y que viene para exaltar al pueblo judío por encima de las demás naciones de la tierra; no es ese el sentido de la vida ni del mensaje de Jesús. Él viene para proclamar otro tipo de reino, un reino que se preocupa por los menospreciados, por aquellos que han sido excluidos y desarraigados de cualquier vínculo con Dios, quien se interesa por los que la religión y la política han querido dejar al margen. Jesús viene a proclamar un reino de Dios que no corresponde con las expectativas del reino de Dios encabezado por su Mesías que los judíos habían construido. Por eso, el ministerio de Jesús se vuelve incómodo; no es fácil aceptar que Él es el ungido de Dios que prometía el AT porque ni su experiencia ni su vida encajan en tales expectativas.

Los evangelistas tratan de elaborar una comprensión teológica de quién es Jesús y cómo Él sí cumple con las promesas mesiánicas. Sin embargo, no son las promesas recibidas a través del tiempo, sino las expectativas leídas en clave de Jesús; su experiencia se convierte en el criterio definitivo de lo que el ungido de Dios haría por su pueblo. Es así que se encuentran cambios sustanciales en lo que la gente, incluso los discípulos, piensan de Jesús y quién realmente es Él. Claramente se necesita entender en qué consiste la propuesta mesiánica de Jesús comprendida en su experiencia. Para esto, Marcos 8:27-30, nos pone en consideración, un evento cumbre en el ministerio de Jesús: la declaratoria mesiánica que Pedro, el discípulo representante de los doce, hace de Él. Ante tal declaración Jesús pide guardar el secreto, es decir, que lo que ha acontecido no sea compartido con nadie... ¿por qué?, ¿qué quiere lograr Jesús con tal pedido?, ¿de qué clase de expectativas equivocadas quiere prevenir a sus discípulos con tal solicitud? En este texto, Marcos revoluciona el concepto de Mesías y coloca a Jesús es una dimensión no comprendida por los discípulos, para quienes es inconcebible lo que Él dice que debe acontecerle (Mc 8:31). Sin embargo, es Él mismo quien da las pautas para leer cómo Jesús es el verdadero Mesías y qué es lo que demanda de quienes

quieran seguir sus pasos.

¿Quién soy yo? (vv. 27-28)

En Marcos 8:27-30, se tiene el inicio de la segunda parte del libro de este evangelista. A partir de este momento la vida de Jesús comienza a evidenciar los riesgos que supone su ministerio para los líderes religiosos judíos. En el comienzo de esta sección, se encuentra una de las declaraciones más importantes que los discípulos hacen de su Maestro: Pedro lo identifica como el Mesías prometido, como aquel que cumple con todas las profecías veterotestamentarias y que con Él se espera reivindicar a la nación de Israel. Sin embargo, no todo parece cuadrar en la agenda de los discípulos, ni de las personas de Israel: Jesús sí es el Mesías, pero no lo es según lo que ellos pretenden que sea y eso es lo que Marcos quiere evidenciar.

La narración comienza presentando a Jesús y a sus discípulos en un escenario casi que al borde de los límites de Israel, en Cesarea de Felipe (v. 27^a), una región que marcaba la división entre judíos y gentiles. La ciudad era completamente pagana, reconocida por la adoración a dioses falsos. Sin embargo, por su cercanía con el Monte Hermón, muchos de los grupos judíos de la época esperaban la llegada de la era venidera en esa región (Green, Brown y Perrin, 2016; cf. Keener, 2003). Esto es importante porque Jesús, intencionalmente, ha tomado este lugar para revelar el inicio de un nuevo comienzo, con la plena identificación de Él como Mesías. Marcos confirma que con Jesús ha comenzado el nuevo Reino de Dios.

La narración marcana continúa y en el trayecto recorrido, Jesús cuestiona a sus discípulos. Es curioso el lugar donde Jesús pregunta: en el camino (δός). Con la palabra camino, se tiene un elemento de mucha importancia, Marcos, de cierta manera, desde el principio del Evangelio, ha sacado el Reino de Dios de la sinagoga y lo ha puesto en casa (cf. cap. 1 y 2), ahora también lo lleva al camino, pone a Jesús en discipulado andante con sus seguidores, aprovecha cualquier ocasión para tratar de ilustrarles el Reino que aún ellos no entienden. En esta sección, se puede decir que inicia una teología del Camino, aunque la palabra es común en el texto griego y en Marcos, a partir de esta perícopa, Jesús aprovecha su andanza con los discípulos por el camino para enseñarles, para reorientarles en sus cosmovisiones sobre cómo entender, no solo su mesianismo, sino lo que implica seguirle. En el camino, Él les pregunta, les cuestiona, les enseña (Mc 8:32b; cf 9:33-34; cf. Castro, 2005; cf Lentzen-Deis, 1998). Para Marcos, puede ser intencional la mención del camino; esto hace recordar las palabras del profeta Isaías que Marcos cita al inicio del Evangelio: “He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: preparen el camino del Señor; enderecen sus sendas” (Mc 1:2-3), el camino que se ha comenzado a preparar es el Camino de la pasión, de la

entrega, de la muerte.

Marcos ha introducido brevemente el escenario para el elemento central, una pregunta que Jesús hace sobre la forma en la que los moradores de Israel lo conciben: ¿quién dice la gente que soy? La pregunta es clara, los discípulos han andado con Jesús por la periferia de Galilea, han escuchado lo que las multitudes piensan de su Maestro, Jesús les cuestiona, ¿cómo me ven?, ¿qué dicen de mí? Al parecer, Jesús hace la pregunta porque ya hay indagaciones acerca de quién es Él; la gente lo percibe -de alguna manera- relacionado con Dios, de hecho, en el Evangelio de Marcos, los mismos discípulos se han hecho la pregunta: ¿quién es este? (cf. Mc 4:41). Sin duda esta pregunta es crucial en el Evangelio de Marcos, todo aquel que quiera seguir al Maestro debe saber quién es Él. La pregunta implica varios elementos transcendentales, con ella no solo se está pidiendo una identificación personal, sino una identificación misional.

A la pregunta de Jesús, asalta la respuesta de los discípulos: “algunos dicen que tú eres Juan el Bautista, otros, Elías; y otros alguno de los profetas” (v. 28). La respuesta es pronta y detallada, la gente asocia a Jesús con Dios; Él es un enviado de Dios así como lo fue Juan, Elías o incluso algunos de los profetas veterotestamentarios, quizá los milagros, exorcismos, curaciones, y enseñanzas de Jesús deben asociarse con Dios. De hecho en el Evangelio de Marcos, aun los mismos demonios saben la relación que hay entre Jesús y Dios (cf. 1:24), nadie negaría que lo que Jesús hace y dice tiene que provenir de Dios, pero de forma curiosa la gente no ha concebido a Jesús como Mesías... ¿por qué?

La respuesta parece encajar perfectamente con las comprensiones mesiánicas populares que había en el momento. Jesús no encaja con un mesías militar y estrategia político; sus acciones lejos de aumentar el nacionalismo judío, lo critican, lo llaman a la cordura e intenta sacar el Reino de Dios fuera de los contornos de Israel (cf. cap. 5). Claramente Jesús no es un candidato para Mesías; la gente lo asocia con Dios pero nunca podría afirmar que Él es el Mesías. La respuesta de la gente sobre Jesús no hace novedoso al Maestro. Para la gente no es algo nuevo; sí es algo relevante pero no diferente. Al afirmar que Jesús es Juan, por ejemplo, es lo mismo que ha pensado Herodes (cf. Mc 6:14; Molina, 2003), o cuando es asociado con Elías o con los profetas ya eso se había manifestado antes (Mc 6:15). Es notable lo que Cook y Foulkes (1990), comentan al respecto: “Después de todo, el pueblo aún no ha podido discernir en Jesús más que a un gran profeta del pasado o presente, como lo fueron Elías y su sucesor, Juan. No le reconocen como el cumplimiento de todas las profecías” (p. 216). Sin embargo, el foco de la pregunta es más bien, representar un contraste entre la percepción de la gente y lo que los discípulos piensan de Jesús. Ahora, la pregunta de forma más personal y directa se dirige a ellos.

El Mesías descubierto (v. 29)

Jesús repite la misma pregunta a los discípulos, solo que ahora cambia el objeto; ya no les pide que respondan lo que la gente piensa de Él, sino lo que ellos piensan de Él. Los discípulos han de dar cuenta de lo que saben de su Maestro, han estado con Él, han visto sus obras, han escuchado su mensaje, ahora deben decir quién es. La pregunta es común, es la pregunta que pide la identificación plena de una persona, ya no por lo que los demás dicen, sino que ahora será la experiencia de los discípulos lo que dictará su respuesta. Cuando Marcos pone en boca de Jesús la pregunta, utiliza un verbo común para preguntar: *πρωτα*, sin embargo, el análisis gramatical del verbo sugiere una idea interesante: el verbo es un imperfecto indicativo, es decir, que la pregunta tiene la connotación de no buscar una respuesta definitiva y ya, sino que la pregunta ha de mantenerse en el tiempo (Carrillo Alday, 2008), los discípulos han de estar haciéndose constantemente la pregunta sobre quién es Jesús, para no desencajar ni con quien es Él ni con su mensaje ni con su reino; de hecho, ya se planteó la idea de que la pregunta viene en mente de los discípulos desde hace tiempo (cf. Mc 4:41). Esto concuerda muy bien con la teología del Camino, aquella idea en la que Jesús, a medida que avanza hacia Jerusalén a lo que será su pasión, trata de enseñar a sus discípulos las verdades del Reino de Dios, de su mesianismo y de su misión.

La respuesta de los discípulos no se hace esperar: Pedro, en representación de : Tú eres el Cristo (v. 29b). Esta confesión petrina, es la misma que hace María cuando Jesús le dice que su hermano resucitará porque Él es la resurrección y la vida (cf. Jn 11:27). Aquí la confesión se da nuevamente en el contexto de la resurrección, tema que Marcos comenzará a tratar después de la confesión de Pedro (v.31b). La respuesta de este discípulo pone en consideración, y en la mente del lector de Marcos, lo que la gente ya ha dicho de Jesús (cf. v. 28). El Maestro plantea la pregunta para ver si sus discípulos tienen la misma consideración que las personas tienen de Él, es decir, que la pregunta es intencional, hace parte del discipulado y del seguimiento de Jesús. Por eso, la pregunta -más que la respuesta como se verá más adelante- tiene que ser una constante en la vida de los discípulos. Para la respuesta de Pedro, Marcos utiliza una de las palabras griegas más notorias en cuanto a las expectativas mesiánicas de Israel: *χριστός*. Esta palabra tan importante para la teología del NT significa básicamente unguido. Sin embargo, la carga semántica es la que la valoriza, puesto que *χριστός* para Israel es el descendiente de David prometido y esperado como aquel liberador nacional que restauraría la soberanía de Israel. En la cosmovisión judía, el concepto de Mesías estaba asociado fundamentalmente a la inauguración de un reino terrenal en el que Israel pasaría de ser dominado a ser dominador, por la pura acción de Dios a través del

Mesías, que como se ha dicho, se identificaba con un líder político-militar. (Keener, 2003). Es decir que Pedro confiesa a Jesús como mesías con estos criterios (cf. 8:31-32).

Con la respuesta de Pedro se tiene un culmen en el Evangelio de Marcos, y de cierta manera un quiebre. Es un culmen porque los discípulos han identificado al Maestro con las profecías veterotestamentarias, y es un quiebre porque a partir de ese momento Jesús comienza a cambiar las expectativas, que -al menos- los discípulos tenían del Mesías. Jesús reacciona ante esta respuesta de los discípulos sobre cómo lo concebía la gente remitiéndole la pregunta a ellos; ahora -después de escuchar la respuesta de Pedro- les pide que guarden un rotundo silencio.

El Mesías secreto (v. 30)

Jesús ha sido descubierto, los discípulos han dado una respuesta contundente a su pregunta: Él es el Mesías. La afirmación está cargada -para Pedro y los discípulos- de un nacionalismo profundo; Jesús es el cumplimiento de las promesas veterotestamentarias a la nación de Israel. Él es la esperanza de liberación a la opresión que han sufrido por siglos, incluso estando en su propia tierra, como comenta Pikaza, (1997): "Jesús no es simplemente un profeta del final, es verdadero Cristo, es decir, el enviado salvador que debe reconstruir la identidad israelita, en clave de triunfo nacional, liberación social y plenitud humana". (p. 117). Sin duda ese es el contenido de la respuesta de Pedro; no se concibe otra idea. Ante tal declaración la respuesta de Jesús es desconcertante: les ordenó que no le dijeran a nadie (v. 30). La respuesta de Jesús no encaja con lo que los discípulos acaban de decir y con parte del objeto de la llamada de Jesús: enviarlos a predicar (cf. 3:14). La petición de Jesús va cargada de mucha fuerza; la palabra griega que usa Jesús para el pedido (*πετιμησεν*) ya se ha mencionado antes en Marcos para ordenar a los demonios que no descubran quién es Jesús (cf 1:25, 3:12) o para ordenar al viento y al mar silenciarse (cf. 4:39), se podría decir que el pedido de Jesús está cargado de la autoridad con la que Él ha hecho otras cosas. Sin embargo, más adelante Pedro usará la misma palabra para reprender a Jesús por lo que ha dicho que le acontecerá (cf 8:32).

El pedido de Jesús, de no comentar nada con nadie, no es único en el Evangelio de Marcos, pero sí es el culmen de tales pedidos. En este Evangelio, habitualmente cuando Jesús hace una curación, libera a un poseso o hace una obra milagrosa, en favor de alguien, le pide que no comente nada con nadie, que le guarde el secreto (cf. Mc 1:25, 34, 43-44; 3:12; 5:43; 7:24; 8:30; 9:9). A esto se le ha llamado el secreto mesiánico, aquella idea que Jesús, en aras de prevenir cualquier exaltación nacionalista de Israel, pide a los beneficiarios de sus acciones guardarle el secreto de lo que ha hecho, en el caso de los discípulos, el de su identidad. La importancia del secreto mesiánico en

este Evangelio, se ha debatido; sin embargo, es importante tener en consideración lo que Cisterna (2000) comenta al respecto:

A los demonios, como a los favorecidos con algún milagro, y hasta a los apóstoles, Jesús impone, respecto de su identidad mesiánica, una consigna de silencio que no se levantará hasta después de su muerte. Como el pueblo se hacía por entonces, respecto del Mesías, una idea nacionalista y bélica muy distinta de la que Jesús quería encarnar, se veía obligado a usar de mucha prudencia, al menos dentro de Israel, para evitar molestos errores sobre su misión. Esta consigna del "secreto mesiánico" no es una tesis artificial inventada después por Marcos, sino que responde a una actitud histórica de Jesús; solo que Marcos la ha convertido en tema de su preferencia. (p. 55).

Marcos es el evangelista que más hace anotaciones del secreto mesiánico, es propio de su teología, mantener en secreto al Mesías, a quien sin duda, Él ya ha revelado como Hijo de Dios (cf. 1:1). Lo que hace Jesús es incomprendible: los discípulos han descubierto nada más ni nada menos que el cumplimiento de las profecías veterotestamentarias que tanto han esperado, su ansiedad en comunicar a otros que han encontrado al Mesías debe ser abrumadora, es más, su pensamiento podía ir ligado a comenzar la revuelta que les daría la victoria completa sobre los poderes opresores del imperio. Pero Jesús les conmina a guardar silencio, Cook y Foulkes, (1990), lo describen de una manera interesante:

¡Al fin, el Maestro ha logrado quitar el velo que ciega a sus discípulos! Entonces inesperadamente, en ese momento cumbre del Evangelio, Jesús ordena el silencio de sus discípulos. ¡Después de tanto esfuerzo para llegar a este punto de la confesión! Es ilógico. Posiblemente Jesús desea evitar las reacciones prematuras a una declaración mesiánica, cuyas implicaciones políticas las autoridades judías y romanas reconocerían de inmediato. (p. 216).

Vale la pena preguntarse, ¿qué quiere Jesús con ese pedido? Lógicamente, el lector de Marcos trae en su mente la incompreensión de los discípulos al ministerio de Jesús, de hecho, la pregunta que Jesús les deja en el tintero y que ellos no responden, ¿todavía no entienden (8:21)?, da cuenta de esa realidad. Si la comprensión de Mesías que los discípulos tienen no es la adecuada, ¿qué tipo de mesianismo quiere Jesús transmitirles? Por lo menos, hay dos connotaciones que dejan ver, a través de la narración de Marcos, lo que Jesús quiere corregir: en primer lugar, Jesús no es Mesías del espectáculo, ni de la milagrería; Él es el Mesías del servicio, de la vida que tiene sentido cuando se sirve a los demás y se les ayuda a salir de la exclusión y de la marginación en la que han vivido, sea por causa de la sociedad o de la religión. En Marcos, los milagros en los que aparece el pedido, son acciones en

beneficios de los menos favorecidos, marginados y excluidos (cf. Mc 1:21-28, 40-44; 5:35-43). Él no es el Mesías que pretende que con el espectáculo de una obra sobrenatural se atestigüe la presencia de Dios, ¡no!, es así como prefiere pedirle a los discípulos que se mantengan en silencio incluso al verlo en su esplendor glorioso transfigurado (cf. Mc 9:9), Él prefiere otro Camino, el de la cruz. En segundo lugar, Jesús no es Mesías populista que intenta exacerbar los ánimos nacionalistas de Israel para volverlo el centro del mundo; Él ha dejado de lado esa visión egoísta del reino de Dios y lo ha abierto para que, incluso los gentiles, puedan entrar en él (Cáp. 5). Jesús no es un mesías político que quiere a través de un discurso popular y guerrillero armar una sedición en contra del imperio; no desea exacerbar los ánimos de Israel para instaurar un reino que no es el Reino de Dios; Jesús renuncia a ese tipo de mesianismo e invita a que todo aquel que quiera seguir sus pasos, lo haga también.

Después de ser descubierto y pedirle a los discípulos mantenerlo en secreto, Jesús comienza el más grande de los cambios en la cosmovisión de sus discípulos acerca de quién es Él; ninguno de ellos concibe que a quien acaban de descubrir le toque pasar por el Camino más doloroso de todos: la pasión y la muerte.

El Mesías sufrido (v.v 31-33)

El mesianismo judío, en su comprensión más general, entendía al Mesías prometido como un libertador, un guerrero capaz de enarbolar las banderas de la emancipación de Israel de cualquier tipo de opresión: política, económica y hasta religiosa. Bajo esa premisa mesiánica, Pedro, en representación de los doce, confiesa a Jesús Mesías. Sin embargo, la respuesta de Jesús, a dicha proclamación, los deja pasmados y con más preguntas que respuestas. Marcos 8:27-30 no puede entenderse completamente si no se lee en su contexto más amplio, que incluye 8:31-33, en donde, después del pedido de silencio manifestado por Jesús, comienza un nuevo proceso de enseñanza-discipulado en el que Jesús intenta explicar su comprensión del mesianismo, uno, que claramente, los discípulos no quieren aceptar (cf. v. 32).

La enseñanza, en el ministerio de Jesús en Marcos, ocupa un lugar importante, quizá priman más las acciones que las palabras, pero sus enseñanzas en este Evangelio son representativas; Él enseña a las multitudes, a los discípulos, enseña en la sinagoga, en las casas, en el mar, por los pueblos, en las aldeas, en fin... Jesús se caracteriza no solo por sus obras milagrosas, sino por su enseñanza con autoridad (cf. Mc 1:21-22; 2:13; 4:1-2; 6:2, 6, 34; 7:7; 8:31; 9:31; 10:1; 11:17; 12:14, 35; 14:49). Aquí hay un elemento muy importante que resaltar: en todas las referencias anteriores donde se afirma que Jesús enseñaba, a excepción de la parábola del sembrador (4:1), la enseñanza no tiene contenido, sino que se menciona de forma genérica, es

decir, que Jesús enseña, no obstante Marcos no dice qué; pero a partir de 8:31 la enseñanza toma contenido, es la primera vez que Jesús enseña algo sobre sí a los discípulos y su enseñanza se sustenta en el sufrimiento del Mesías, por eso, para Marcos este es un nuevo comienzo, un nuevo Camino que Jesús plantea para sus discípulos, este Camino se vuelve a repetir, con los mismos criterios en 9:31.

El primer elemento que se encuentra en la enseñanza de Jesús es el título con el que Él se reconoce: el Hijo del hombre (v. 31^a). Pedro acaba de reconocer a Jesús como el Mesías prometido, sin embargo, Jesús no adopta el título de Mesías, sino que acepta ser el Hijo del hombre; en ese sentido, Castro (2005) comenta, lo siguiente:

La nueva enseñanza constituye lo que ha venido llamándose el primer anuncio de la pasión. El primer dato es que Jesús se va a llamar a sí mismo el Hijo del hombre. Esta palabra ha salido anteriormente. En las dos veces que ha aparecido, tiene sentido de excelencia y señorío: poder de perdonar pecados (2:10) y ser señor del sábado (2:28). Es indudable que equivale al Mesías de Pedro, pero Jesús no adopta esa terminología tan confusa. Hijo del hombre lo conecta con la humanidad, a la que Jesús quiere llevar a su término o madurez. (p. 223).

Aquí hay un elemento trascendental del seguimiento a Jesús y su mesianismo; quien quiera imitar sus pasos debe renunciar a cualquier titulación que intente exaltar sobre los demás y buscar, más bien, la identificación con los otros seres humanos. Con esta idea de Hijo de hombre, Jesús se identifica, tanto con la gente que ha respondido que Él es Juan, Elías o cualquier otro profeta, como con los discípulos que lo han acreditado Mesías. Ambos grupos están equivocados en sus percepciones sobre Él: aunque los discípulos lo confiesan Mesías, no es el mesianismo que Jesús pretende; sin embargo, Él se identifica, no los excluye y los invita a mirar la realidad de su mesianismo (cf. 8:34).

En la enseñanza de Jesús, aparecen tres palabras inimaginables sobre lo que le debe acontecer al Mesías: padecer (παθεῖν), desechar (ἀποδοκιμασθῆναι) y morir (ἀποκτανθῆναι) (v. 31). El texto sugiere cierta secuencia en lo que ocurrirá a Jesús, Él tendrá que soportar el peso del rechazo que los líderes religiosos harán de Él y que posteriormente, ellos mismos terminarán ejecutándolo; en el caso de ἀποδοκιμασθῆναι y ἀποκτανθῆναι, el análisis gramatical muestra que son aoristos pasivos, con agentes explícitos: los ancianos, principales sacerdotes y escribas; para Marcos, es la élite religiosa judía la que termina ejecutando a Jesús. Lo que el Maestro plantea es claramente inconcebible. Hay dos cosas importantes que se rescatan de esta idea. Primero, que los líderes religiosos no han entendido el mesianismo de Jesús, que no conciben un enviado de Dios que no se corresponda con lo que ellos han entendido y pretendido. En segundo lugar, que el sufrimiento

hace parte del Camino que se debe recorrer si se quieren seguir los pasos de Jesús. Cisterna (2000) lo afirma de una manera apropiada:

A partir del reconocimiento de Jesús como el Cristo, se hace necesario realizar un camino en el que la Pasión es propuesta no sólo para el Mesías sino también para todos: "Llamando a la multitud, junto con sus discípulos" (8,34-38); y que luego se repite para los discípulos y los Doce (9:31; 10:32). Es necesario, por tanto, aceptar ese camino en que Jesús va adelante (10,32; 14,28; 16,7) (Cisterna, 2000, p. 65).

Al principio del capítulo, se planteó la idea de que la palabra camino tiene unas implicaciones teológicas muy importantes, y es así. Jesús propone un Camino diferente, ese que nadie quiere recorrer, pero Él, el Maestro, va adelante señalando la ruta con su propia vida, cualquiera que quiera seguirle deberá emular sus pasos y entregar la vida por los demás.

El Camino de Jesús no se queda en la muerte, el Maestro termina su enseñanza, con la vuelta a la vida (v. 32b). Sin embargo, aquí solo se encuentra una breve mención a la resurrección, ¿por qué? Castro, (2005) sugiere que "el poco espacio que se reserva a la resurrección quizás signifique que lo importante es la vivencia de la cruz; porque quien se pone en ella ha encontrado la resurrección" (p. 223). La cruz es un Camino que se sigue (cf. v. 34), que se camina, para al final experimentar la resurrección; muchos quieren ser resucitados sin cruz, lo que cristológicamente hablando, es imposible. Este elemento es trascendental porque no puede haber resurrección si primero no hay pasión; los discípulos, en muchas ocasiones, cuando se exalta la resurrección, se olvidan la pasión. Las connotaciones de victoria de la resurrección hacen que muchas veces la pasión sea dejada de lado. Pero el discípulo de Jesús no puede pensar en un Mesías resucitado y glorificado si primero no le experimenta es un pasión.

La incompreensión de los discípulos, que no entienden nada del sufrimiento mesiánico (cf. 9:32), se deja claramente expuesta con el llamado de atención que Pedro, quien había confesado al Mesías, le hacía a Jesús, Pedro comenzó a reconvenirle (ἐπιτιμᾶν) (v. 32b). Ante el anuncio de Jesús, Pedro, el representante de los doce, el que momentos antes había declarado a Jesús Mesías, le ordena quedarse callado y no decir lo que acaba de anunciar. Ya Jesús había utilizado la misma palabra griega para ordenarle a los discípulos guardar silencio, ahora Pedro, de cierta manera, le ordena a Jesús hacer lo mismo. Quizá aquí hay cierta paradoja, a la confesión de Pedro, Jesús responde pidiendo silencio, el Maestro no concibe un mesianismo del poder; y a la confesión de Jesús, Pedro le pide que guarde silencio, el discípulo no comprende un mesianismo de la entrega y la muerte. Parece que Jesús va por un Camino y los discípulos por otro. Ante el pedido de Pedro, Jesús responde con un llamado de atención bastante fuerte (v. 33). Lentzen-Deis, (1990) comenta lo siguiente:

La dura expresión: «¡Apártate de mí, Satanás!» les recuerda a los lectores que Jesús debió superar tentaciones mesiánicas (cfr. Mc 1:12-13). El que no quiere reconocer la figura del Mesías que sufre y muere, es rechazado por Jesús: ¡Este no es el plan de Dios! (p. 266).

Se podría afirmar que con el llamado de atención que Pedro le hace a Jesús, le está poniendo a prueba como lo hizo el tentador en el desierto (cf. Mc 1:12-13; Mt 4:1-11), le está ofreciendo a Él otro camino, otra forma de mesianismo que claramente exime el sufrimiento, Jesús lo rechaza tajantemente. Jesús rechaza cualquier mesianismo que pretenda el dominio de los demás, Él prefiere el mesianismo de la entrega y el servicio. Con la respuesta de Pedro se evidencia claramente la posibilidad de “acompañar a Jesús pero no ser de los suyos. El Mesías triunfalista de Pedro y las discusiones sobre la propia primacía alejan de Jesús y colocan a los discípulos en el ámbito de los dominadores de este mundo” (Cisterna, 2000, p. 65), una opción que no es contemplada en el mesianismo de Jesús.

En la primera parte del Evangelio de Marcos, a los discípulos se les reconoce porque no han entendido quién es Jesús, ni mucho menos el cambio sustancial que Él implica para las expectativas de redención nacional de Israel. De hecho, el mismo Jesús les cuestiona y les dice: “¿cómo aún no entienden?” (Mc 8:21), dejando clara la incompreensión que ellos tienen del Maestro. Sin embargo, con la respuesta de Pedro, los discípulos comienzan a ver quién es Él, pero tal parece que esa comprensión es errónea por la manera en que Jesús llama a la cordura a Pedro. De nuevo, los discípulos siguen sin entender. Por eso, la importancia de la pregunta ¿quién soy yo? Jesús la ha planteado, pero no solo para los doce, sino para todos aquellos que quieran caminar sus pasos, no se puede comenzar el trayecto sin tener la pregunta en mente y a la vez que se avanza en el, se tiene que ir respondiendo.

La pregunta que hace a sus discípulos, en primera instancia, busca informar al lector sobre la comprensión que la gente tiene de Jesús; muchos lo asocian con algunos de los personajes más importantes de la historia de Israel: Elías, Juan o algunos de los profetas veterotestamentarios. La gente sabe que Jesús es un enviado divino, sus obras y su mensaje lo testifican. Pero ellos solo lo han asociado con Dios. Jesús no recrimina la comprensión que la gente tiene de Él, quizá porque el esfuerzo parece enfocarse en lo que los discípulos deben saber de su Maestro, ellos lo confiesan Mesías, el ungido de Dios prometido en el AT, sin embargo, su confesión también está permeada por la visión nacionalista de una revolución que pretendiera colocar a Israel en el plano principal de la política y de la religión del mundo. Pero Jesús, ajeno a tales pretensiones, les ordena guardar silencio, quizá la connotación más directa del mutismo no es guardar el secreto, sino no compartir la comprensión equivocada con que lo confesaban Mesías; la reprensión de Jesús a Pedro lo deja claro.

Jesús quiere cambiar las cosmovisiones de superioridad y poder que ellos asociaban al Mesías, por eso, por primera vez, les comparte lo que ha de acontecerle a Él como Mesías, algo inimaginable para los discípulos, pero es ahí, en la entrega, la pasión, la muerte y la resurrección que Jesús quiere definir su mesianismo, un mesianismo que ha de encarnar la comunidad que quiera saber quién es Él, que quiera compartir su mensaje y que esté dispuesta a entregar la vida en amor y servicio por los demás.

Discrepancias entre el mesianismo de Jesús en Mc 8:27-30 y el mesianismo de la iglesia evangélica actual

Como se ha podido evidenciar en el capítulo anterior, el mesianismo de Jesús es completamente antagónico e incompatible con las expectativas de su época y además, parece ser incompatible con las diferentes comprensiones en la actual iglesia evangélica colombiana. Jesús, lejos de cumplir con la formulación mesiánica de su época, se decanta por otro tipo, en el que prima el cuidado por los más vulnerables y el anuncio de la llegada del Reino de Dios para ellos. Jesús no es un político, ni un religioso y mucho menos un militar que pretende izar las banderas nacionalistas de Israel. En definitiva, Jesús es un Mesías diferente; es uno que cambia cualquier ínfula de poder por el servicio y la entrega, es uno que no ve al otro como súbdito o esclavo, sino como hermano; es uno que prefiere el amor y la entrega de la vida.

No obstante, la iglesia no ha percibido en sus cauces este tipo de mesianismo, sino que, como Israel en el siglo primero, sigue viendo a Jesús con ojos de espectacularidad, de prosperidad y de poder. Esta visión de Jesús es egoísta, egocéntrica y demasiado mística. La iglesia, al igual que Israel, pretende ser el centro del reino de Dios en el mundo, pretende ser la que gobierne a todas las naciones con un Mesías hecho a su imagen y semejanza y al que pretende manipular para su propio beneficio (Beck et al. 2006). Es necesario conocer cuáles son esas cosmovisiones mesiánicas de la iglesia actual, qué pretende alcanzar con ellas y por qué son diferentes al mesianismo de Jesús.

El mesianismo del espectáculo

En el Evangelio de Marcos, como se ha visto en el capítulo anterior, se percibe una propuesta teológica que se conoce como el secreto mesiánico, que se reconoce cuando Jesús hace algo en favor de alguien, un exorcismo, una curación, una obra milagrosa, e incluso una confesión sobre Él y pide que nadie se entere de lo que ha hecho o lo que ha dado a conocer (Mc 8:30). El secreto es intencional porque busca salvaguardar a Jesús de cualquier protagonismo populista que exaspere a los judíos del momento y pretendan convertirlo en el líder político-militar que tanto habían esperado. Por eso, Jesús no quiere que nadie sepa de Él, ni de lo que hace, por lo menos en los contornos de

Israel; por ejemplo, con el exorcismo del gadareno -quien está fuera de Israel- Jesús cambia la estrategia y le pide que divulgue lo que Dios ha hecho por él (Mc 5:19).

Guardar el secreto es importante para Jesús porque previene de muchas cosas a la comunidad: la salvaguarda de un protagonismo personal en el que se exaltan los carismas de los líderes y no la misericordia de Dios. La iglesia, en vez de guardar el secreto, ha querido divulgarlo. Si bien ya hay un secreto que no es necesario guardar (el de la resurrección (cf. Mc 16:6-8)), no es ese el mensaje de la iglesia, sino que ha preferido decir y confesar lo que Jesús pidió mantener en secreto, la iglesia ha convertido el Evangelio en un espectáculo en el que Jesús está obligado a cumplir los caprichos y deseos de las personas, y ha renunciado al llamado del Evangelio, al servicio, a la entrega y al amor. Mateos y Camacho (1994), lo expresan claramente:

la nueva comunidad universal no tendrá rasgos de esplendor y grandeza, pero ofrecerá acogida a todos los hombres que aspiren a la plenitud (4:30-32). El éxito de la persona y del mensaje depende de la calidad de la entrega. (p. 166).

No se puede ser comunidad de Jesús si se prefiere la grandeza y el reconocimiento, Jesús, el Señor (Jn 13:13), renunció a ellos, si la iglesia quiere seguirle debe hacer lo mismo. Desafortunadamente la iglesia ha invertido el sentido del Evangelio: predica los secretos y esconde el mensaje.

El mesianismo del espectáculo también se presta para manipulación a través de la sugestión de las emociones y sentimientos. Colombia es un país de realidades complejas: violencia, pobreza, abusos, son vividos por personas todos los días. Desafortunadamente la iglesia se ha aprovechado, en muchos escenarios, de las tragedias humanas experimentadas por fieles sinceros. Los líderes se han valido de estrategias espiritualistas y místicas con las que sostienen algunos eventos para tocar las emociones de las personas con un lenguaje que recuerda las tragedias de la vida y que ponen a los líderes como los canales o medios a través de los cuales serán restaurados, con la condición, en muchos casos, de la entrega de dinero o algún tipo de ofrenda. Este lenguaje está cargado de palabras muy espirituales como unción, presencia de Dios, gloria de Dios, entre otras. Curiosamente los únicos capaces de percibir la unción o la presencia de Dios son ellos mismos y tratan de transmitir tal impresión a quienes les escuchan. Muchos caen y son movidos a la participación activa a través de la dación de todo tipo de ofrendas, bienes e incluso servicios que curiosamente van en beneficio de los líderes, sus propias familias y sus grupos elitistas. El mesianismo del espectáculo tiene un fin específico: la popularidad y reconocimiento del líder y su iglesia, lo cual se contrasta claramente con la decisión de Jesús de renunciar a estas dos tentaciones.

Mesianismo, dinero y religión

La iglesia en la actualidad ha hecho de Jesús un Mesías rico, dispuesto a bendecir materialmente a todo aquel que cumpla con sus demandas religiosas. Una de las conceptualizaciones mesiánicas equivocadas de la iglesia en la actualidad está manifestada en la acogida del evangelio de la prosperidad.

El evangelio de la prosperidad es aquella formulación teológica que sugiere que por creer en Dios, por acercarse a la fe en Él, por ser hijo de Dios y entregar a Él las mejores ofrendas económicas, Dios está en la obligación, se compromete a bendecir al que actúe de esa manera. Esta propuesta teológica sugiere que un verdadero hijo de Dios no puede tener deudas, no puede estar enfermo y siempre debe estar bendecido económicamente porque esa es la voluntad de Dios; en consecuencia, si algún creyente no experimenta la bendición de Dios, es porque no ha ofrendado lo suficiente y por tal razón está en dicha situación (Jones y Woodbridge, 2011). Esta idea teológica desfigura la imagen de Jesús quien renunció al poder del dinero (Mt 4:1-11) por el servicio y la entrega por los demás. Es decir que, la iglesia ha sucumbido ante la tentación del dinero que ve a Dios como un objeto con el que se puede intercambiar monedas por bendiciones, algo que claramente rechaza el Evangelio.

La acogida de la teología de la prosperidad ha dado cauce a otra visión equivocada del mesianismo de Jesús: el auge de las mega-iglesias. En Colombia, el fenómeno de las iglesias de miles de personas, mujeres y hombres está cada vez en aumento y es una visión equivocada del mesianismo de Jesús, porque las comprende como objetos manipulables y llevados de aquí para allá, además, entre más cantidad de personas pertenezcan a la comunidad mayor poder acumulan los líderes de la misma. Jesús no abogó por este tipo de comunidad, sino una donde todos pudieran ser parte de una familia en la que el cuidado, el amor y la preocupación de los unos por los otros, pudiera ser algo real y verdadero; las mega-iglesias, por la misma cantidad de personas, carecen de ese valor.

Otro elemento que se hace evidente con el auge de estas comunidades es el poder económico que se acumula. De cierta manera, los líderes aprovechan los recursos que se obtienen de las ofrendas para gastar en sus lujos, para vivir cómodamente y para ellos dar testimonio de que lo que predicán es verdad; los únicos beneficiados son ellos, los fieles nunca llegan a experimentar las bendiciones que sus líderes enseñan.

Ese poder económico y religioso se presta para cometer toda la clase de atropellos y abusos, que muchas veces quedan ocultos por el miedo que las víctimas tienen de denunciar a quien ellos consideran los ungidos del Señor. Además, el hecho de que estas comunidades sean multitudinarias, las convierte en fértiles campos políticos para los candidatos a puestos de elección popular: congre-

sistas, alcaldes y hasta presidentes, desfilan por los púlpitos cual predicadores; lo triste de todo es que ni los líderes ni los fieles perciben que solo se están convirtiendo en simples votos para ellos (Cosoy, 2018). Se podría decir que con esto los líderes de la iglesia evangélica pervierten el mesianismo de Jesús, porque en vez servir a los demás, buscan en realidad ser servidos a costa de la indignidad de los fieles, lo que es una afrenta mucho mayor.

El mesianismo del poder político

La iglesia, en la actualidad ha hecho de Jesús un Mesías político; lo ha hecho un gobernante elitista, autocrático y excluyente que solo está para obedecer a lo que este diga. Durante el desarrollo de la historia política colombiana, la iglesia evangélica, había tenido poca incidencia en asuntos políticos del país, de hecho, antes de los años 90, era casi que nula y sus pocos intentos habían sido fallidos. Con la Constitución de 1991 que introdujo la libertad religiosa y de cultos (Artículo 19), supuso un cambio en esta materia. Varios movimientos políticos comenzaron a surgir en búsqueda de una participación activa en las decisiones del país. En ese momento, no se percibía como elemento negativo, el hecho de que la iglesia manifestara su voz en términos del comportamiento político del país (Cosoy, 2018). Entonces, ¿qué produjo el cambio? La iglesia comenzó a tomarle el gusto al poder político, en vez de izar banderas de amor y reconciliación, enarbó las de la exclusión y del rechazo a todo aquel que no pensara como ella. Lo inimaginable fue que tomó su cosmovisión mesiánica para justificar todas sus acciones. Es curioso que, en ese andamiaje político, comenzó a usar textos bíblicos, completamente sacados de sus contextos, para afirmar sus posiciones, así se hicieron famosos textos como Apocalipsis 5:10 en el que se describe a la iglesia como reyes y sacerdotes que reinarán sobre la tierra o Deuteronomio 28:13, en el que Dios da la promesa de poner al pueblo por cabeza y no por cola, por encima y nunca por debajo, ¡solo si se obedece al Señor! (cosa que nunca citan como parte del texto). Con esto, la iglesia ha rechazado el mesianismo del servicio y de la entrega por un mesianismo que la coloque por encima de los demás.

En varios escenarios, los púlpitos de las iglesias se han convertido en escenarios de debates políticos y de arengas a favor de un candidato o postura política, han deslegitimado el mensaje de Jesús por el mensaje del político de turno que incluso, con Biblia en mano, hace promesas a los fieles, las cuales serán olvidadas después de la elección. La iglesia ha sucumbido a la tentación del poder sin Dios (cf Mt 4:1-11), un poder ilegítimo que quiere poner a Jesús por encima de los demás y a la iglesia sentada a su lado. El mesianismo que Jesús renunció y denunció, la iglesia está intentando rescatarlo.

Un mesianismo sin Mesías

Todas las comprensiones teológicas del mesianismo de Jesús, que parte de la iglesia ha hecho, no corresponden a lo que Jesús quiso enseñar sobre Él y su ministerio. Por eso, la iglesia se halla predicando a un mesías que no existe, por lo menos, no en los términos en que Jesús lo deseó. El seguimiento de Jesús es radical, no admite términos medios y su centro se da en la entrega de todo, incluso de la vida si es necesario. En la iglesia actual no se ve esta comprensión de Jesús ni de lo que hizo, sobre todo porque lo que se enfatiza constantemente es la superioridad que se obtiene al convertirse en hijo o hija de Dios y que tal condición hace ser merecedores de toda clase de privilegios, cuando rotundamente Jesús no fue hijo para el merecimiento, sino que lo fue para la obediencia (cf Hb 5:7-8). Cuando Jesús pregunta a sus discípulos acerca de quién es Él, la respuesta debe ofrecer una rotunda claridad para ellos, porque sobre sus hombros se cernirá la responsabilidad de continuar con su misión de reino de Dios y si ellos no lo reconocen, entonces se habrá perdido el norte del Camino (Pagola, 2012). Por eso, la iglesia en la actualidad está experimentando un mesianismo sin mesías porque no ha respondido adecuadamente esta pregunta y ha hallado respuestas que no se conciben dentro del proyecto de Jesús.

La iglesia evangélica ha sucumbido ante el terror de un mesianismo sin Jesús; ha cambiado el mensaje de la entrega, de la pasión y de la resurrección por un mensaje popular que quiere hacer a los fieles seguidores de ella, pero no de Jesús. Para esto, ha recurrido al espectáculo, a los shows religiosos y ostentosos que lejos de permitir la sencillez y la humildad, pretenden manifestar el poder, la avaricia y el dominio de los fieles a través de la manipulación. La iglesia se ha decantado por las masas, pero no porque vea en esto el modelo de Jesús, sino porque ve en esto un oportunidad para resaltar el poder, sobre todo de carácter político, que puede llegar a tener y para buscar conseguir sus propios intereses personales, manifestados en la exclusión y en la exaltación de los líderes que han escogido para llevar el nombre de la iglesia en alto. La iglesia en Colombia está viviendo una fe que no corresponde con su Mesías, porque ha sacado de sus contornos el amor, la humildad y la entrega de la vida por los demás.

Implicaciones teológico-prácticas del mesianismo de Jesús en Mc 8:27-30 para la iglesia evangélica actual

Un tercer camino que ha de recorrerse entonces, es el de la praxis, de la vida que imita y sigue los pasos del Jesús de los Evangelios, ese Jesús que no se amoldó a los comprensiones lógicas que la religión tenía de Dios, sino que la subvirtió y redefinió a Dios a partir de otra experiencia: la del servicio y la entrega en amor por los demás. Jesús

enseñó que Dios es un Dios que sirve, no es el solucionador mágico de los problemas y las dificultades de las personas, sino uno que camina con ellas, que les alienta en sus penurias y angustias, pero que sobre todo está para servir y rescatar todo aquello que se había perdido (cf. Lc 19:10); si no se concibe a Dios así, no hay mesianismo que valga. Por eso, es importante revisar el camino que como iglesia se ha recorrido, reconocer que como comunidad cristiana, se ha marchado por otros senderos desviados del Camino, sin el reconocimiento del desvío, no se puede retomar la marcha. Así entonces, se podrá mirar la perspectiva correcta del mesianismo de Jesús y ser invitados a un re-discipulado, aquel que lleve a renunciar a un mesianismo popular, para asumir uno del amor y del servicio.

Todo discípulo y discípula de Jesús debe estar preparado para dos cosas: para servir y para entregar la vida. En ese sentido, hay un criterio ineludible y definitivo: la cruz. Sin la ascensión de la cruz, no hay seguimiento verdadero. De hecho, uno de los valores supremos del mesianismo de Jesús fue su entrega en la cruz. Seguir a Jesús no tiene ningún sentido cuando se hace desde el palco de la opulencia y la riqueza, desde el poder político y económico, desde la religión sin entrega.

El sentido máximo del seguimiento de Jesús es la cruz; es esta la que demuestra qué tan afinados le seguimos el paso. La cruz de Jesús define al verdadero discípulo. Con toda seguridad, no todas las personas están dispuestas a aceptar la cruz como criterio, de hecho, en la experiencia de Jesús con los discípulos, rechazaron completamente esta propuesta, cuando Jesús les dijo que debían aceptar la cruz si querían seguirlo (cf. Mc 8:34). Es de esta manera que se cimienta todo mesianismo verdadero, aquel que escapa de la cruz es satánico, rechazado y antagónico.

Revisando el camino recorrido

Jesús enseñó a sus discípulos en el camino, los discipuló, los orientó, los confrontó, les evidenció el reino de Dios en medio de la gente, caminó con ellos en un proceso de discipulado constante. Durante todo su ministerio, Jesús trató de hacer de ellos los herederos de su mensaje, sin embargo no le entendieron su proyecto; por lo menos, no hasta su resurrección. Los discípulos tenían las mismas expectativas mesiánicas que sus contemporáneos, y eran reales, incluso, hasta después de resucitado el Maestro (cf. Hch 1:6). Se podría decir que a pesar del camino recorrido con Jesús, los discípulos no lo habían entendido; ellos seguían manteniendo aquellas mismas opciones de poder y dominio a las que Jesús había renunciado. El fundamento de este desentendimiento, se podría plantear en la respuesta que los discípulos dan a la pregunta que Jesús les hace, ¿quién soy yo para ustedes? No es la respuesta textual como tal, sino la respuesta conceptual, la forma cómo concebían los discípulos a Jesús como Mesías. Esto es importante porque la iglesia no puede caminar en la

misión de Dios, si antes no se detiene y se pregunta quién es Jesús.

En esa revisión, vale la pena preguntarse, ¿en dónde se desvió la iglesia?, ¿en dónde se apartó del Camino? Las respuestas a estas preguntas no son fáciles, sobre todo porque hay poca reflexión en torno a ellas.

Muchas de las realidades actuales de la teología de la iglesia tienen su fuente fuera del contexto propio. La iglesia ha querido adaptarse a unos postulados y formas teológicas que son ajenas a su realidad, así, la iglesia se desvió del Camino cuando optó por una teología xenocéntrica, mayoritariamente foránea, que no se percataba por las realidades que se viven en su contexto. Esta influencia teológica ha hecho de la iglesia un agente con una teología del dominio y del poder. El evangelio de la prosperidad ha vuelto a la iglesia materialista, preocupada más por las cuentas bancarias y los números de feligreses que por la extensión del reino de Dios en comunidades de pobreza y excluidas, realidades propias de su contexto. La iglesia evangélica se ha desviado del Camino porque está viviendo un mesianismo que no es suyo (aparte de que dista del mesianismo de Jesús), es un mesianismo extraño.

El camino se ha desviado, también, cuando la iglesia se dejó conquistar por un evangelio moralista y espiritualista. La espiritualidad, propiamente dicha, no está mal, no es algo ajeno al Evangelio de Jesús, sin embargo, lo que ha desviado a la iglesia evangélica es un falso espiritualismo, ese que es incongruente entre la fe y la praxis. Jesús vivió su espiritualidad, pero fue una que no se ajustó a los estándares morales y religiosos de la época, sino que tocó lo que no se podía tocar, sanó lo insano y se entregó por los que nadie se hubiese entregado, esta es una espiritualidad divina, una que entiende el reino de Dios desde la entrega por el otro. Sin embargo, la iglesia evangélica optó por una espiritualidad individualista, aquella que se preocupa única y exclusivamente por el bienestar individual, sin importar los demás. La iglesia se ajustó a los estándares morales de la religión y la política y cultivó un mesianismo inmaculado, que no se podía acercar a lo perverso e inmoral de la sociedad para sanarlo porque eso la contaminaba, sin darse cuenta que precisamente a los perversos e inmorales de su época fue a los que Jesús acercó a Él y abrazó.

Este camino hay que revisarlo; de no hacerlo, la reflexión pasará de lado, los cambios no se llevarán a cabo y la iglesia seguirá compartiendo a un mesías que no es el Jesús de los Evangelios.

Cambiando la perspectiva del discipulado de Jesús

Toda persona que quiera seguir a Jesús debe ser discipulado, debe comprender realmente cuál es el Camino propuesto por Él para recorrerlo; si ese discipulado fracasa, entonces no se puede dar el seguimiento de Jesús. En el

Evangelio de Marcos, los discípulos habían sido discipulados por Jesús, con sus enseñanzas, con sus hechos, a partir de Marcos 8:27-30, Jesús iniciará a discipularlos con su propia experiencia de vida. Esa experiencia hacía participe a los discípulos de una praxis desconocida e incluso no aceptada para ellos: el sufrimiento, la entrega y la muerte. Los discípulos se rehúsan a aceptar tal propuesta porque no la entienden como parte de su comprensión mesiánica; aquí comienza el cambio de la perspectiva en el discipulado de Jesús. Esto quiere decir que cualquiera que quiera seguir los pasos del Maestro debe aceptar el Camino de la entrega, del sufrimiento e incluso de la muerte por causa del reino. Cada uno y cada una ha de estar dispuesto a llevar a su cuesta la cruz de Jesús.

En primer lugar, la iglesia debe enfocarse en lo que verdaderamente importa: vivir la vida de Jesús, su fe, su praxis, su amor, su Evangelio. La influencia foránea ha hecho que la iglesia viva otro evangelio (cf Gal 1:6-10) muy diferente al de Jesús. Las realidades de la iglesia en la actualidad son complejas, muchos feligreses sufren en el abandono, aun dentro de la misma comunidad, porque no se piensa en términos del mesianismo de Jesús, sino en términos de su propia religión; por eso, la iglesia debe entenderlas, abrazarlas y aceptarlas y no verlas de forma utilitaria ni simplemente como fondos económicos. La experiencia de entrega de Jesús puede producir vida en aquellas comunidades que a pesar de experimentar las bendiciones de Dios, siguen estando vacías, como lo sugiere Pagola (2012): "Jesús puede ser el sanador y liberador de no pocas personas que viven atrapadas por la indiferencia, distraídas por la vida moderna, paralizados por una religión vacía o seducidas por el bienestar material, pero sin camino, verdad y vida." (p. 152). Sin verdad y vida, cualquier práctica religiosa por muy fructífera que sea, es antagónica al Evangelio.

En segundo lugar, si la iglesia evangélica quiere seguir a Jesús y su propuesta mesiánica, debe aceptar el mesianismo que se despreocupa por el camino de la riqueza y de los bienes materiales. Desde los años 90, la gran creciente influencia foránea ha hecho ver a los necesitados y a los pobres como abandonados por Dios, como consecuencia de sus propios pecados de los cuales no quieren alejarse y que, según la teología de la prosperidad, los mantienen en su condición. Esta es una de las deshonras más profundas que se ha cometido en contra de los vulnerables: se les ha separado de Dios con la excusa de guardar un estatus de bendición, en el cual se encuentran, solo aquellos que están bien con Dios. Ese estatus es dado por las riquezas y los bienes materiales y los estándares de santidad que la iglesia ha impuesto. Si la iglesia quiere imitar a Jesús y su mesianismo entonces debe ser amiga de los necesitados tal y como lo fue Jesús. Aquí está expresada una de las transformaciones más radicales del mesianismo de Jesús en relación con al de su época y el que la iglesia

ha construido: se es seguidor de Jesús cuando se imita a Dios en la compasión y no en los criterios morales y religiosos creados para separar y segregar a los más vulnerables solo porque no poseen las bendiciones materiales, que muchos piensan: Dios da, solo si se cumple con Él, sin embargo, esta comprensión de Dios no existe para Jesús.

La vida que se entrega en servicio de amor por los demás

Un elemento característico fundamenta el mesianismo de Jesús: la vida que se entrega en servicio de amor por los demás. Cuando Jesús plantea la opción de la entrega de la vida, lo hace en criterios de incluso dar la vida en sacrificio por los demás. A veces la palabra sacrificio puede ser eufemística porque lo que Jesús propone es llegar hasta la muerte por servir a los demás. El servicio que Jesús propone no es simplemente el hacer algo por los demás, no es hacer algo a cambio de otra cosa: posiciones, riquezas, etc., como lo ha entendido parte de la iglesia. El servicio verdadero se da cuando se identifica al otro en su sufrimiento y se le sirve para ayudarlo a salir de él; cuando se le socorre para re-dignificarle en su humanidad. El servicio no es un trueque del que se espera recibir algo a cambio, es entregarlo todo, sin esperar nada. Esa forma de mesianismo fue rechazada por los discípulos, porque para ellos era mejor ser servidos que servir, Jesús desecha ese mesianismo y propone el del amor y la entrega. Así que hay que entender que Mesianismo es igual a amor y servicio, amor incluso por aquellos que no han entendido el mensaje del reino, como le ocurrió a Jesús y sus discípulos, Él les amó y les sirvió sin esperar la misma respuesta de parte de ellos; como dice el evangelista Juan, les amó hasta el fin (Jn 13:1) y la respuesta de ellos fue abandonarle y negarlo (cf. Mc 14:50, 66-72). Esa forma mesiánica de amar es trascendental en la experiencia de fe y en el discipulado cristiano, si se rechaza amar como Jesús, se rechaza su reino y su mensaje.

La iglesia debe responder con este tipo de mesianismo a los problemas reales que aquejan a su contexto, desafortunadamente se han espiritualizado todas las luchas de la iglesia y eso ha hecho que haya un desentendimiento eclesial por las realidades circundantes. Las realidades socio-políticas se han convertido simplemente en paisaje para muchos sectores de la iglesia, que siguen viendo que su principal enemigo es el diablo y sus maquinaciones, y no se dan cuenta que la verdadera lucha se da en entender realmente quién es Jesús y cuál es su propuesta de reino. Mientras no se entiendan esas realidades cualquier intento de mesianismo tendrá los mismos vicios que Jesús rotundamente rechazó. Estas realidades contextuales, por lo menos en Colombia, están marcadas por la injusticia, la corrupción, la pobreza, la miseria, la exclusión religiosa, en fin, un sin número de pormenores, para los que la iglesia ha tenido poca o casi nula respuesta. Vale la pena

el cuestionamiento a la iglesia y preguntarle ¿cómo responder, desde el reino de Dios, ante semejantes demandas? Basta con mirar la experiencia de Jesús para comprender que su mesianismo tiene como punto fundamental la vida que se entrega, hasta la muerte, por amar y servir a los demás.

Con la propuesta de su mesianismo, Jesús tuvo una lucha profunda, no solo consigo mismo, sino con sus discípulos y con la gente, tal lucha se enmarcaba en el cambio de las comprensiones mesiánicas que se tenían de Él. Abogaba por otro poder uno que lejos de estar en el centro del dominio, se encontraba en la periferia, puesto que el servicio, el amor y la entrega de la vida, nunca hubiesen podido concebirse dentro de la élite religiosa de Israel, pero sí alrededor de ella, con los rechazados, a quienes Jesús con la entrega de su vida, los hace partícipes del reino de Dios que por siglos les había sido negado.

La cruz: el criterio definitivo

El mesianismo de Jesús no puede vivirse si no se comprende desde el evento trascendental de la cruz, es allí donde se conoce qué clase de mesianismo está viviendo la iglesia evangélica. En su camino, esta ha optado por unas comprensiones erróneas de la cruz. Una de estas comprensiones se manifiesta en la victoria sobre todas las cosas que la cruz de Jesús ganó. Esta se ha monetizado y mercantilizado para manipular a Dios con confesiones de triunfo que nadie le hubiese dado. Y aunque la cruz sí tiene sinónimos de victoria, esta se da en la conquista del odio por medio del amor; del rechazo por la aceptación; del alejamiento por la cercanía; de la condena por la gracia y del poder por el servicio. ¡Qué triunfo! La cruz también se ha incomprendido en el sentido de la individualización kármica, es decir, la cruz se ha tomado como un karma, un peso, un problema que hay que llevar para poder seguir a Jesús. Así muchos se han frustrado en angustias y necesidades de las cuales se han negado a salir solo por afirmar llevar la cruz de Jesús, muy lejana tal comprensión de lo que el Evangelio enseña.

Todo seguidor de Jesús sabe que en la cruz se encuentra con una paradoja: la cruz era el escarnio público más extravagante al que una persona se podía enfrentar, a Jesús le tocó sufrirla, pero a partir de su experiencia, la cruz se convierte en el símbolo de entereza y avance que la experiencia de seguir al Maestro había marcado; seguirlo implica, indubitadamente vivir la misma experiencia que Él; estar dispuestos a abrazarla sin reparos ni congojas, teniendo siempre en mente la misma comprensión de Jesús: el amor por servir con la entrega de la vida en favor de los demás. La cruz es más que un símbolo; es una experiencia de vida; sin embargo, tristemente, un amplio sector de la iglesia ha dejado de lado el símbolo. En algunas comunidades, lugares, logos, etc., la cruz está de lado, no aparece, quizá esto no parece un asunto de mayores, pero

dice mucho de la importancia que la cruz ha tenido para la iglesia evangélica. Desafortunadamente se han abrazado otras modas y sistemas y se ha abandonado lo que distingue al Evangelio de cualquier otra forma de fe.

Toda la experiencia de fe cristiana tiene un foco central: la cruz. Sin ella no hay Evangelio. Ella hace valiosa la experiencia cristiana porque de cierta manera Jesús redime el significado de ella. Stott (1996) sugiere que:

Hay una sola explicación posible de por qué la cruz llegó a ser el símbolo cristiano, y por qué los cristianos obstinadamente lo mantuvieron a pesar del escarnio de que era objeto. La razón es que la centralidad de la cruz había nacido en la mente de Jesús mismo. Es por lealtad a Él que sus seguidores se aferraban tan tenazmente a esta señal. (p. 30)

De hecho, cuando Jesús por primera vez anuncia su pasión, una de las manifestaciones que aparece en sus palabras es la cruz: si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mc 8:34). Cualquier persona que viera a otra cargando una cruz sabría que iba hacia un destino ineludible y trágico: la muerte. La cruz no se cargaba como símbolo de poder o autoridad, ni como símbolo de superioridad, ni mucho menos como símbolo de riqueza y prosperidad. No. La cruz se cargaba como símbolo de pasión, de entrega de la vida que se va en la muerte, en muchos de los casos de ejecuciones de la época de Jesús, por causas justas. Difícilmente alguien podía concebir que tal declaración pudiera salir del Mesías, a quien se asociaba, con otras cosas, menos con muerte. La cruz se convierte en criterio definitivo porque es ahí donde se prueba la lealtad, el compromiso y el servicio del verdadero seguidor de Jesús.

La cruz era maldición, ignominia, vergüenza, deshonor, indignidad, Jesús la experimentó, se hizo, como decía la ley maldito; sin embargo, Él transforma estas nefastas características, en una experiencia de entrega. Aunque muere como un sedicioso (así lo contemplan los ejecutores), lo hace en la cruz para evidenciar que Dios tiene otras formas, otros medios, que no son los poderes políticos ni religiosos los que pueden volver a hacer nuevas todas las cosas, sino que la vida se renueva en la experiencia de la cruz y en eso la resurrección tiene la principal evidencia; porque el servicio, la entrega y la muerte en la cruz permiten la resurrección, la misma que Jesús experimentó.

Esto solo se puede experimentar cuando la cruz toma su lugar y ese lugar no es una posición de privilegio que se encumbra en las altas esferas de la religión, la política, ni mucho menos el dinero; es el lugar del servicio, de darse, de la pasión y de la muerte que busca entregar la vida a todo aquel que necesite de ella. Sin la asunción de estos bienes del reino, cualquier intento de praxis cristiana carecerá de todo sentido y valor.

Conclusión

Todo discípulo debe seguir los pasos de su Maestro, este es un axioma fundamental en la experiencia de fe cristiana. En el Evangelio, no se siguen corrientes teológicas, se sigue a una persona: Jesús-Mesías. Sin embargo, el rótulo, nombre o título de Mesías, ha desencadenado un sinnúmero de identificaciones de Jesús, que -en su mayoría- difieren de Él como claramente se ha expresado. El texto bíblico ha dado a entender una constante incompreensión de los discípulos sobre quién es su Maestro, de hecho, llegaron a catalogarlo como Mesías, según sus propios criterios y cosmovisiones ajustadas a la época. Jesús intentó enseñar a sus discípulos otro tipo de mesianismo, uno que no cabía en el imaginario judío y por el contrario, se apartaba de él. Se ha identificado que el mesianismo propuesto por Jesús tiene dos elementos fundamentales. Primero, se aparta de toda índole de superioridad, de poder o dominio que se quiera ejercer sobre los demás hombres y mujeres; segundo, es un mesianismo del servicio, de la entrega y del amor.

En su propuesta mesiánica, Jesús renuncia a cualquier ínfula de poder que lo lleve a convertirse en un ser superior a los demás, niega totalmente cualquier posición que requiera el dominio, la popularidad y el poder; para Jesús no se es Mesías de acuerdo al poder económico, religioso o político que se tenga, sino en cuánto se pueda servir a los demás con la propia vida. Se puede deducir, entonces, que Jesús tiene una propuesta clara de mesianismo, una propuesta que va en contravía sustancial del mesías popular judío, y que todo discípulo suyo debe asumir si quiere seguir sus pasos. Ante esto, la iglesia poco ha entendido a Jesús y ha desfigurado su imagen; ha recorrido un camino que se ha desviado por rutas contrarias al servicio, solo por la búsqueda insaciable de poder que tienen algunos de sus líderes.

Es común que la propuesta mesiánica de Jesús no sea para nada popular, que no sea llamativa para aceptar, ni mucho menos fácil de asumir; de hecho, los discípulos rechazaron la opción declarada por Jesús de entregar la vida por los demás para poder seguirle, menospreciando así el Camino que Él les ofrecía. Como se ha afirmado, quien rechaza la propuesta de Jesús actúa como enemigo del reino de Dios, porque su interés no es construirlo, sino hacer su pequeño reino de poder personal, alejado del valor del Evangelio, el cual es servir y entregar la vida.

Por eso, hay una necesidad urgente de volver a Jesús, al Jesús de los Evangelios, no a uno creado a imagen y semejanza de la iglesia contemporánea que dista del Mesías Siervo, de aquel que propuso lo que otros no se hubiesen atrevido a proponer, de aquel que cambió un imaginario de Mesías de siglos de historia, anacrónico, sin ningún interés por servir a los más vulnerables y despreciados, interesado en construir un reino dominante sobre los demás, lo mismo que hacían los opresores de Israel. Es

decir que, con su comprensión de Mesías, Israel quería hacer lo mismo que los poderosos: dominar.

Hoy ese ha sido el mensaje de gran parte de la iglesia: el del dominio y el del poder, sin darse cuenta que con ese mensaje se ha alejado de Jesús. La vuelta al reino de Dios inicia por reconocer que la iglesia se ha desviado del Camino, pero pocos están comprometidos a hacerlo porque esto implicaría la aniquilación de sus propios reinos e intereses. Pero no hay otra opción. Jesús no propone términos medios ni ambigüedades, Él es claro: quien quiera ser su discípulo debe seguir su Camino, si no está interesado en hacerlo, entonces se ha renunciado a la opción mesiánica que Él trató de modelar y enseñar a sus seguidores. Muchos pretenden hacer de Jesús el rey político-religioso que Él se negó a ser; por eso, antivalores, como el dinero, el poder, la religión y la política (mal practicada) han tenido tanto crecimiento dentro de las comunidades eclesiales cristianas.

¿Hacia dónde camina la iglesia en Colombia en la actualidad? Vale la pena explorar y responder esta pregunta con una sinceridad imprescindible. La praxis de la iglesia debe evidenciar a Jesús-Mesías sin dualismos, sin ambigüedades ni rodeos, dispuesta a emular las palabras del Maestro: todo aquel que quiera seguirme niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mc 8:34). Sin servicio, sin entrega y sin cruz no se puede ser discípulo del Mesías.

Quedan entonces pendientes los compromisos pastorales y eclesiales que la iglesia debe asumir; estas acciones se desprenden de una adecuada comprensión mesiánica de Jesús y de su propuesta de reino de Dios. Es así que la iglesia debe repensar, redefinir y revivir el camino mesiánico de Jesús, apartándose de todos aquellos mesianismos que la inviten al poder, a la popularidad y al abandono del servicio a los demás. La iglesia, como comunidad discípula de Jesús, debe encaminar su servicio a un encuentro con el Jesús de los Evangelios que propendió por la renuncia al bienestar personal, la entrega de la vida y el servicio a los demás. La iglesia debe desechar cualquier mesianismo que intente colocarla por encima de los demás y valorar aquel que la invite a la transformación de su realidad contextual a través del amor, la entrega y el servicio.

La comunidad de Jesús, como portadora de su mensaje, debe anunciar un mesianismo de la renuncia en contra de la opulencia, un mesianismo del amor en contra del odio, un mesianismo humilde en contra de la popularidad. La iglesia evangélica debe renunciar a cualquier mesianismo foráneo que no reconozca sus realidades y que se quiera imponer a costa del amor, del servicio y de la entrega. Por último, la iglesia debe virar su mirada hacia los más vulnerables, aquellos que, por causa de la religión, la política, la economía, etc., han sido marginados de cualquier acercamiento a Dios, en aras de servirles con amor y entregarles, con profunda devoción, el reino de

Dios.

Referencias

Beck, T., Benedetti, U., Brambillasca, G., Clerici, y Fausti, S. (2006). Una comunidad lee el Evangelio de Marcos. San Pablo.

Carrillo Alday, S. (2008). El evangelio según san Marcos. Verbo Divino.

Castro, S. (2005). El sorprendente Jesús de Marcos: el Evangelio de Marcos por dentro, 2^a ed. Desclée de Brouwer.

Cisterna, F. (2000). El Evangelio de Marcos: el relato, el ambiente, las enseñanzas. Editorial Claretiana.

Cook, G. y Foulkes, R. (1990). Marcos. En González, J., Padilla, C.R., Cook, G., Ramos, M. A. (33-372). Comentario Bíblico Hispanoamericano. Caribe.

Cosoy, N. (2018). Votos y devotos: religión y poder en Colombia. Penguin Random House.

de Lara, W. (2019). Prosperidad. En Padilla, C. R., Acosta, M., Velloso, R. (Ed.), Comentario bíblico contemporáneo: estudio de toda la Biblia desde América Latina (p. 521). Ediciones Kairós.

France, R. T. (2003). Mesías. En Diccionario Bíblico Certeza. Certeza Unida.

Jones, D., y Woodbridge, R. (2011). ¿Salud, riqueza y felicidad? Los errores del evangelio de la prosperidad. Portavoz.

Keener, C., (Ed.) y Bedford, N. (Trad.). (2003). Comentario del contexto cultural de la Biblia: Nuevo Testamento. Mundo Hispano.

Lentzen-Deis, F. (1998). Comentario al Evangelio de Marcos: modelo de nueva evangelización. Verbo Divino.

Gnilka, J. (2001). El Evangelio según san Marcos. 4^a ed., Vol. 2. Sígueme.

Green, J., Brown, J. y Perrin, N. (Ed.) (2016). Diccionario de Jesús y los Evangelios. CLIE.

Mateos, J. y Camacho, F. (1994). Marcos: texto y comentario. Ediciones El Almendro.

Molina, A. (2003). Todo lo ha hecho bien: un comentario al Evangelio según San Marcos. San Pablo.

Pagola, J. A. (2012). El camino abierto por Jesús: Marcos. Ediciones PPC.

Pagola, J. A. (2013). Jesús: aproximación histórica. Ediciones PPC.

Pikaza, X. (1997). Para vivir el Evangelio, lectura de Marcos. Verbo Divino.

Schökel, L. (2015). La Biblia de nuestro pueblo. Mensajero.

Stam, J. (2019). Popularidad y manipulación. En Padilla, C. R., Acosta, M., Velloso, R. (Ed.), Comentario bíblico contemporáneo: estudio de toda la Biblia desde América Latina (p. 1518). Ediciones Kairós.

Sobrino, J. (1993). Mesías y mesianismos. Concilium, (246), s.p.

Stott, J. (1996). La cruz de Cristo. Certeza Unida.